

## RESEÑA DE LIBROS Y REVISTAS

ORTIZ, SERGIO ELIAS, *Estudios sobre lingüística aborigen de Colombia*. (Biblioteca de Autores Colombianos, 75). Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Ediciones de la Revista *Bolívar*, 1954. 508 páginas.

Este libro contiene quince artículos: *Lengua malla* (págs. 19-35), *Lengua muellamués* (págs. 37-40), *Lengua pasto* (págs. 41-101), *Nombres indígenas de plantas y de animales del suroeste de Colombia* (págs. 103-135), *Familia lingüística zaparo o gae* (págs. 137-149), *Familia lingüística kahuapana o xebero* (págs. 151-159), *Familia lingüística goahibo* (págs. 161-186), *Los indios yurumangui* (págs. 187-207), *Anotaciones sobre las lenguas extinguidas mokoa y killacinga y el koche o kamsa supervivencia de ellas* (págs. 209-246), *Notas sobre los indios kofán o kofane* (págs. 247-269), *Sobre la lengua chokó y sus dialectos* (págs. 271-314), *Familia lingüística witoto o huitoto* (págs. 315-348), *Familia lingüística kechua o runa-simi* (págs. 349-372), *Antroponimia, toponimia y dialectología indígenas del suroeste de Colombia* (págs. 373-412), *Materiales para el estudio de la ceona o siona* (págs. 413-503).

Se trata en general de una recopilación y síntesis de noticias históricas, geográficas, etnológicas, lingüísticas, etc., tomadas de publicaciones hechas en los siglos XVI a XX por cronistas, sacerdotes, misioneros, viajeros, aficionados numerosos y algunos investigadores eminentes. Por el variado carácter y autoridad de las fuentes de información el valor de los distintos artículos es muy desigual, y para el conocimiento científico de los idiomas y dialectos en cuestión, resulta muy problemático.

La contribución más personal e interesante del autor del libro puede ser la recolección y presentación de numerosas voces indígenas todavía usadas por lo menos en el suroeste de Colombia, y las cuales se registran especialmente en dos artículos: *Nombres indígenas de plantas y de animales...* y *Antroponimia, toponimia y dialectología...* En este segundo trabajo hay demasiadas interrogaciones: ciento cuarenta y una, que el lector común no sabrá exactamente qué quieren decir.

En los documentos que se copian en la última parte del libro, el autor (?) de éste interpretó la *s* larga del español medieval como *f*. Varias veces transcribe, por ejemplo, *mifiones* en lugar de *misiones*, y lo mismo ocurre con otras palabras.

Observamos que en el índice falta el artículo *Familia lingüística witoto o huitoto*.

La reunión y ordenación de tantos y tan diversos materiales como hay en este rico volumen supone indudablemente en el autor una pacien-

cia extraordinaria y un entusiasmo muy grande por nuestras lenguas y culturas indígenas. Ojalá estas cualidades lo acompañen mucho tiempo aún y le ayuden a superar el propósito de divulgación, que nos parece lo esencial en esta obra.

Luis Flórez.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

Septiembre 20-54.

ROLDAN, P. ALEJANDRO (S. J.): *Evolución. El problema de la evolución y la antropogénesis*, Barcelona, Ed. Atlántida, 1950, 240 págs., 12 láms. in-8º.

OSTOYA, PAUL: *théories de l'évolution. Origines et histoire du transformisme et des idées qui s'y rattachent*, Préface de de R. Heim, Paris, Payot, 1951, 319 págs., in-8º.

Aunque las obras —tan desiguales en su calidad y planeamiento— de que nos ocupamos hoy, no son muy recientes, merecen, sin embargo, atención, por tratarse de manuales que divulgan el estado actual de las investigaciones en torno al problema de la evolución biológica y reflejan, al propio tiempo, dos actitudes bastante disímiles entre sí. Estos libros, de carácter más o menos didáctico, pueden servir, en efecto, de guías introductorias a quienes se asomen por vez primera al complejo escenario de las ciencias antropológicas.

Generalmente, se afirma que las primeras intuiciones acerca de una transformación de las especies animales o vegetales se remontan al genio poderoso de Aristóteles, quien ya entrevió cómo la Naturaleza pasa de un género y de una especie a otra por grados imperceptibles. Creía también en un finalismo cósmico. Werner Jaeger lo subraya cuando, a este respecto, explica su teleología “de acuerdo con una ley natural y mediante un proceso continuo” (cf. *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, trad. espñ., México, FCE, 1946, p. 93). Pero es indudable que el sustrato de ideas en virtud de las cuales fue posible el evolucionismo, se debe a Heráclito, por más que el sugestivo precedente de Anaximandro constituya otro de los jalones indiscutibles en la elaboración paulatina de la teoría. No obstante, la completa formulación de ésta sobre cimientos firmes quedó reservada al siglo XIX, hasta que surgieran, en el XX, nuevas doctrinas y, por tanto, nuevos métodos. Junto al problema biológico de la evolución, el positivismo introduciría, además, el problema físico de la energía. Dos formas de mecanicismo. Dos formas vigentes aún en nuestra época. Dos formas, en verdad, que han suscitado repuestas muy dispares entre los sabios con distintas concepciones religiosas o filosóficas del mundo y de la vida. Pues desde 1859 —en que aparece *El origen de las especies*, de Charles Darwin, para limitarnos tan sólo a la cuestión que nos interesa—, el ardor polémico no ha decaído ni por un instante.

El P. Alejandro Roldán, autor de la primera obra a que nos referimos, intenta superar juiciosamente las dificultades —inmensas que a su paso encuentra cualquier honrado expositor de la controversia evolucionista y ceñirse a un programa sistemático, de aplicación escolar. “Muchos son —dice— los estudiosos que quisieran poder juzgar por sí mismos —en lo que cabe— en un tema tan apasionante, y no logran nunca tener los elementos suficientes para valorar los datos que se les ofrecen. Al consultar los autores clásicos sobre la materia, se hallan como sumergidos en una lectura que les conduce sin querer a una consecuencia de antemano prefijada, sintiéndose incapaces de justipreciar los hechos que se les presentan, por carecer de una visión de conjunto del problema y de un planteamiento preciso y objetivo del mismo. Si acuden a la literatura de divulgación científica, se encuentran igualmente con posiciones tomadas... Por otra parte, para todo espíritu medianamente crítico resulta sobremodera molesto el dogmatismo con el que, en algunas publicaciones, se supone ya resuelta la cuestión...” (p. 5). Así pues, el A. muestra laudable imparcialidad en su análisis de los términos del problema y acomete su tarea en siete jugosos capítulos sobre todos los extremos relacionados con el tema. Declárase, empero, contrario a la macroevolución, si bien adopta una postura discreta —“expectante”— y se inclina, de momento, hacia el fixismo específico con evolución menor. Destaquemos el valor informativo del capítulo VI, el cual provee de numerosos datos paleontológicos y paleantropológicos. El libro está destinado, en fin, más que nada, a los alumnos de los Colegios Máximos de PP. jesuítas, aun dentro de su relativo tono mayor. Expresa claramente el punto de vista católico en este orden de ideas, procurando siempre —hay que consignarlo— separar lo científico de lo teológico.

M. Paul Ostoya, notable micólogo francés, propónese asimismo hacer un útil servicio al gran público, “que oye diariamente hablar de evolución, pero que a duras penas se orienta en medio de tesis opuestas cuyas contradicciones se le aparecen confusamente” (p. 16). El libro lleva un prefacio de M. Roger Heim, director del Muséum National d'Histoire Naturelle, de París, quien, tras un rápido examen de las teorías clásicas, vaticina poéticamente un “envejecimiento” de la Vida a corto plazo; es decir, la faltal extinción de muchas especies botánicas y zoológicas por obra de la técnica. El hombre, afirma, es el más peligroso enemigo de lo creado: “Su advenimiento sobre la Tierra —añade— ha sido catastrófico para la Naturaleza y el Planeta” (p.p. 15). Desempeña, sin duda, un papel negativo en el ritmo de la Evolución.

El A. Prefiere que los textos claves acompañen al relato, iniciando de este modo al lector en el conocimiento directo de las figuras cimeras. Subrayemos el mérito innegable de algunos capítulos, en particular los que estudian a Lamarck, Darwin, la herencia desde Weismann, el neofixismo según Jordán, las mutaciones bruscas de De Vries y, finalmente, las doctrinas que hoy más inquietan a los naturalistas, impulsando la Ciencia por nuevos derroteros. En cuanto a la Genética soviética, el A. se pronuncia radicalmente: “Toda la biología soviética —son sus palabras—, bajo la férula de Lysenko, se ha concentrado en torno a la bandera del botánico Michurin, declarando la herencia de los caracteres ad-

quiridos sólo conforme a la ortodoxia marxista, e identificando, por razones que se nos escapan, la Genética neodarwiniana con un idealismo reaccionario. La política tiene razones que únicamente conoce la política” (p. 254).

La obra concluye con un balance de resultados, entre ellos la no demostración —hoy por hoy— de la transmisibilidad hereditaria de los caracteres adquiridos, la realidad —comprobada experimentalmente— sólo de las mutaciones de considerable amplitud, el mantenimiento de los principios básicos sobre la selección natural, la incertidumbre en torno a las causas principales de la gran evolución, etc. Aguardemos, dice, los progresos en Embriología, Genética, Citología y Bioquímica. El libro se cierra con una depurada Bibliografía, seguida de dos oportunos índices.

*A. Antelo.*

H. ALIMEN. *Atlas de Préhistoire*. Vol. I. Editions N. Bou-bée et Cie, París, 1950.

Este es el primero de los tres tomos que forman la obra completa titulada “Atlas de Prehistoria”. En este primer volumen la autora trata de los métodos y técnicas de la arqueología prehistórica así como de los resultados generales de la prehistoria europea. La fama de la autora, que es una de las más destacadas prehistoriadoras francesas y desde hace muchos años profesora encargada de la iniciación en las técnicas prehistóricas en el Instituto Etnológico de París, es la mejor referencia en cuanto al valor tanto de la metodología presentada como de la seguridad de los datos suministrados.

El libro está dividido en dos partes principales. La primera, titulada “Objeto y Métodos de la Prehistoria”, trata de las estaciones prehistóricas, de la técnica de localización y excavación y de la cronología prehistórica. La segunda parte presenta un cuadro general de las industrias en las diversas épocas de la prehistoria europea y culmina con un capítulo sobre la vida de los hombres prehistóricos. Una breve bibliografía básica, muchos grabados, cuadros y mapas y un magnífico conjunto de veinte láminas fotográficas, algunas de ellas en colores, completan agradablemente esta obra que constituye un resumen preciso e indispensable para el principiante.

Expresamos el deseo de que se publiquen rápidamente los dos tomos que todavía faltan para concluir la serie y que tratarán respectivamente de las “Faunas Prehistóricas de Europa” y de la “Prehistoria Exótica”.

*Jean Caudmont.*

Son numerosas las publicaciones que tratan del lenguaje o de la lingüística y esta nueva obra no presenta ningún aporte nuevo a la ciencia, pues tiene otro propósito. Trata de divulgar para el público no especializado el estado actual de los métodos y resultados de la ciencia del lenguaje. No sólo es una recopilación de datos o teorías sacados de una numerosa bibliografía sino que representa para el estudiante que se inicie o para el etnólogo que por falta de formación básica considera la lingüística como algo muy ajeno a su campo de estudio, una síntesis de lectura fácil y una *mise au point* precisa sobre numerosos problemas importantes.

Podemos reprochar al autor el hecho de ser demasiado vago en muchos conceptos que parecen como mal asimilados, sin relación concreta con datos adquiridos por medio de investigaciones en este campo, defecto especialmente visible en el capítulo titulado "La Lingüística Descriptiva". En algunas otras partes también procede el autor por medio de alusiones o ejemplos insuficientes lo que no facilita la lectura de este librito que por otros aspectos es de consulta agradable. Sin embargo, estos defectos pueden considerarse con cierta atenuación si se tiene en cuenta que no es fácil dar una idea completa aunque sucinta de las diversas ramas de la lingüística en menos de 150 páginas.

Jean Caudmont

ROBERT A. HALL, JR. Haitian Creole: Grammar. Texts. Vocabulary, with the collaboration of Suzanne Combaire-Sylvain, H. Ormonde McConnell and Alfred Métraux.

The American Anthropological Association, April-June, 1953. p. 309.

Esta importante monografía ha sido elaborada con materiales recogidos por el autor y sus colaboradores en el cuadro del Proyecto de Educación Fundamental de la UNESCO en la República de Haití. Comprende una descripción lingüística completa del idioma: fonología y ortografía (sistema McConnell-Laubach), morfología, sintaxis, una crestomatía con traducción inglesa de todos los textos y vocabularios Haitiano-Inglés e Inglés Haitiano.

La agudeza del análisis y la forma pulcra de la publicación hacen de esta obra un magnífico modelo de lo que se debe hacer en lingüística descriptiva. El autor, eminente romanista estadounidense, enfoca el problema de la estructura del criollo haitiano desde el punto de vista francés y se basa para esto en su descripción estructural de este idioma publicado anteriormente (*Language, Monographs N° 24, Structural Sketches 1: French*, Baltimore, 1948). No comparto completamente con el autor las comparaciones sistemáticas con el francés, pues muchas semejanzas se

aplican también a comparaciones con idiomas africanos. Si el criollo haitiano está formado en su parte léxica por una mayoría de préstamos franceses, en relación con su morfología y su sintaxis las formas se acercan mucho más a las lenguas africanas y por esta razón no admito por mi parte su clasificación como idioma romance al mismo título que el francés, el italiano, el español, el portugués, etc. En realidad, el *francés* criollo hablado en Haití representa una hibridación lingüística debida al contacto de dos (o más) idiomas de estructura y origen muy distintos. Sería muy interesante tratar precisamente de determinar este proceso de hibridación al colocarse desde un punto de vista *africano*. El libro del Profesor Hall puede considerarse como el primer aporte científico al conocimiento del criollo haitiano que utiliza los métodos modernos de la lingüística descriptiva, por cuya razón lo recomendamos expresamente a todos aquellos que se dedican a estudios de lenguas indígenas no escritas.

Jean Caudmont

ARANGO BUENO, TERESA. *Precolombia*. Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Madrid. 1953.

Hacia falta una obra divulgadora de los avances logrados dentro del campo de la etnología. El libro de Teresa Arango Bueno intitulado *Precolombia*, cumple afortunadamente con esta finalidad. En un estilo ameno, castizo, sencillo, comprensible, eminentemente didáctico, elegantemente editado y debidamente ilustrado con fotografías, mapas y figuras, presenta a las gentes de nuestra patria una certera visión de lo que fue Precolombia y de lo que son hoy en día los grupos indígenas que moran en las distintas regiones del país, con base en los conocimientos adquiridos al respecto. Su obra es esencialmente divulgadora; no fue escrita para los especialistas, sino para la juventud que se levanta y que está en el deber de conocer y valorar lo que fueron los grupos indígenas en el momento de la conquista española y lo que son los que actualmente superviven.

El libro comienza con la descripción de los museos de tipo antropológico establecidos en Bogotá, la organización interna del Instituto Colombiano de Antropología, la enumeración de sus filiales y una rápida información de las diversas disciplinas antropológicas. Nos da una idea general de las áreas culturales del país especificando sus principales características, además de describir las técnicas y herramientas utilizadas por los indígenas. Valora, asimismo, el inmenso aporte de los cronistas, para el conocimiento de nuestro pasado histórico. Entra en seguida con la descripción de los pueblos Chibcha de Cundinamarca y Boyacá; los Guane y Tunebo de Boyacá, Santander y Arauca; los Tairona y Kogi del Magdalena; los Cuna de Urabá; los Páez y Guambianos del Cauca y los Killacingas y Pastos de Nariño, pueblos estos más o menos comprendidos dentro de la familia lingüística Chibcha. Si bien que la autora incluye

dentro de esta familia los Andakí y los Chimila, cabe advertir, con respecto a los primeros, que acaba de aparecer un estudio del doctor Juan Fride que los clasifica como tribus selváticas; y respecto a los segundos Gerardo Reichel Dolmatoff los clasifica como Arawak. Prosigue con los Muzo y Panche de Cundinamarca, Santander y Boyacá; los Pijao de Tolima y Caldas; los Quimbaya y Chami de Caldas; los Calima del Valle del Cauca; los Yuco Motilón del Norte de Santander; los Chocó del Chocó; los Caños de Antioquia y los diversos grupos del Bajo Magdalena y llanuras del Caribe, comprendidos todos ellos generalmente dentro de la familia lingüística Karib. Luego trata del grupo Guajiro (de la familia lingüística Arawak) y de los otros grupos situados en la inmensa zona Orinoco-amazónica tales como los Ingano y Kofán del Putumayo; los Siona, Macaguaje y Koreguaje del Caquetá y Putumayo; los Saliva, Achagua y Puiñave del Vaupés, Caquetá y Meta; los Guahibo de los Llanos Orientales y del Vichada; los Tucano, los Macú, los Guanano y los Cubeo del Vaupés; los Huitotos del Caquetá e Intendencia del Amazonas.

La descripción de todos estos grupos indígenas contempla la localización geográfica, clima, recursos naturales, la parte etno-histórica, algo de somatología descriptiva, su cultura material y tecnología, estética y recreación, su economía, su organización social y política, sus sistemas de defensa y ataque, magia y medicina, su ciclo vital, su mundo, sus creencias, mitos y religión; habla también de las migraciones y aculturación de los indígenas actuales.

Describe en forma breve las enigmáticas culturas arqueológicas de San Agustín, Tierradentro y Tumaco.

Aunque no pertenezca propiamente a lo que pudiéramos llamar Precolombia, y, teniendo en cuenta que los estudios afroamericanos apenas empiezan en Colombia, Teresa Arango Bueno trata también del tercer componente de nuestra nacionalidad: el grupo negro, posición muy interesante si tenemos en cuenta que este factor es decisivo en la conformación de muchas regiones del país.

Con obras como la de Teresa Arango Bueno el conocimiento de nuestros aborígenes ya no puede ser fragmentario ni primar únicamente el de aquellos que por sus costumbres "exóticas" o por la soberbia resistencia que presentaron al conquistador blanco llamaron la atención de nuestros historiadores o pedagogos. Asimismo el conocimiento del grupo negro ya no puede ser en la forma referencial con que se hacía al tratar del mercado de los esclavos.

Creemos sinceramente que la obra que comentamos representa una valiosa divulgación de las ciencias etnológicas de Colombia y constituye un verdadero texto de enseñanza de nuestra Precolombia.

*Segundo Bernal Villa*



ECUADOR ANDEAN MOSAIC. Editado por Rolf Blomberg. Estocolmo. 1952, pp. 320, con 212 fotografías, un mapa y una bibliografía seleccionada de libros acerca del Ecuador publicados en inglés.

Esta obra magníficamente editada en idioma inglés, con estupendas fotografías, como su nombre lo indica, es un verdadero mosaico de la República del Ecuador, en la que aparecen los siguientes trabajos: de Rolf Blomberg: el Prefacio y Las Islas Galápagos; de Aníbal Buitrón: Ecuador Antiguo y La Sierra; de Isaac J. Barrera: De la Teocracia a la Democracia; de Francisco Terán: El País sobre la latitud 0, La Costa y El Oriente; de Jorge Enrique Adoum: Facetas culturales; y de Lilliam Robinson: El Ecuador ante los ojos extranjeros.

La presente reseña contempla únicamente el intitulado Ecuador Antiguo de Aníbal Buitrón. En sólo catorce páginas el autor nos expone en forma certera y esquemática una visión general del Ecuador precolombino. Comienza su trabajo haciendo resaltar cómo el Ecuador, desde el punto de vista etnológico, ha ocupado una posición marginal dentro de la tradicional división de las áreas culturales, cómo la población indígena pre-ecuatoriana presenta influencias provenientes tanto del norte como del sur, y, siendo que estos indígenas fueron conquistados por los Incas del Perú, es en extremo difícil lograr una discriminación de la subestructura nativa y la superposición de las leyes incásicas, máxime si se tiene en cuenta las escasas informaciones legadas por los escritores del siglo XVI.

Entra luego a hablar de los diversos grupos asentados a todo lo largo y ancho del país, comenzando por los grupos de la zona costera, tales como los Esmeraldas, Mantas, Huancavilcas y Punás, localizados entre la Bahía de San Mateo y Península de Cajimies los primeros, provincia de Manabí los segundos, Península de Santa Elena y partes bajas de los ríos Daule, Vinces y Guayas los terceros, y la isla de Puná los últimos. Los cronistas apenas dejaron informaciones de estos pueblos que fueron rápidamente exterminados o incorporados y en cuyas zonas geográficas vive actualmente el "montuvio" resultante biológico de la mezcla de blancos, indios y negros.

En las tierras altas interandinas moraron diversos pueblos pertenecientes a seis grupos lingüísticos, diferentes en grados de cultura, afinidades lingüísticas, modos de vida de aquellos sus vecinos de la costa. Entre otros pueblos se cuentan Los Pastos (parte septentrional del Ecuador), Los Cara (provincia de Imbabura y parte de la Pichincha, considerados como los antecesores de Cayapas y Colorados), Panzaleos (parte de las provincias de Pichincha, Cotopaxi y Tunguragua), Puruhás (Provincias de Chimborazo y Bolívar), Cañarís (Provincias de Cañar, Azuay y parte de El Oro), y los Paltas.

En la zona comprendida entre la costa y las tierras altas andinas manifiesta Buitrón que vivieron otros grupos cuya identidad y localización es aún más oscura e incierta que la de los anteriores.

En la región amazónica moran numerosos grupos, que sin mayores contactos con la civilización occidental, mantienen sus propios sistemas de vida, de los cuales el más conocido es el Jíbaro extendido en la vasta región que comprende los ríos Zarama, Santiago, Morona, Pastaza, Bonaza y Conambo.

En forma concisa hace una rápida descripción de los aspectos culturales de los diferentes grupos mencionados concernientes a la economía, cultura material, organización social, desplazamientos y luchas intestinas y patrimonio espiritual. Su trabajo concluye con la descripción de la conquista de todos estos grupos por los incas Tupac-Yupanqui y su hijo Guayna-Capac, especificando la resistencia presentada por los grupos nativos especialmente por los Puruhás, Panzaleos, Caras, Punás y Huancaivilcas, el sometimiento final de las tribus y la implantación de la compleja organización social, económica, política y religiosa de los Incas.

Segundo Bernal Villa

FRIDE, JUAN. *Los Andaki. 1538-1947. Historia de la Acul-  
turación de una Tribu Selvática.* Fondo de Cultura Econó-  
mica. México. 1953. 304 págs., mapas, índice de materias  
y literatura consultada.

Los Andakí, hé aquí el nombre de un pueblo belicoso común y corriente en el campo de las ciencias etnológicas de Colombia, asociado generalmente con la zona geográfica del valle del Alto Magdalena, considerado como habitat del grupo por no pocos antropólogos y geógrafos, basados en los datos suministrados por Juan de Velasco, cronista del siglo XVI. Sin embargo, el historiador Juan Fride, con base en sus investigaciones en archivos nacionales y extranjeros y en las observaciones personales efectuadas sobre el mismo terreno durante varios años, en su obra que comentamos, nos demuestra que este pueblo es de origen selvático y que el valle del Alto Magdalena, principal escenario de sus actividades bélicas, fue habitat de otros pueblos con sus propias lenguas y costumbres.

El nombre Andakí puede ser un nombre genérico —dice Fride— de varias agrupaciones indígenas, caprichosamente elegido por los españoles o indígenas intérpretes. “Es muy posible que la palabra Andakí no fuese una denominación de una tribu indígena definida, sino un nombre genérico quichua —si se admiten las alteraciones con que los españoles pronunciaban y transcribían las palabras indígenas y las transformaciones que sufrieron en el transcurso de los años—, significa *gente de montaña* (anti = montaña de los Andes; ko, ke = el que es, gente), es decir, aquellos indios que vistos desde la situación geográfica de Timaná —la colonia española— eran gentes que para atacarlos venían desde la montaña, desde la Cordillera Oriental”.

La primera parte de la obra de Fride (el libro se divide en tres partes: Antropología Histórica. Los indios bajo la denominación de los blancos y

Anexos documentales), consta de trece capítulos y comienza su estudio con el intrincado problema de la denominación del grupo. Manifiesta que cronistas tan conocidos como Antonio de Herrera, Juan de Castellanos, Fray Pedro de Aguado, Antonio Medrano, Fray Pedro Simón, López de Velasco, y ni el mismo informe de Francisco Sande al Rey de España hablan de los Andakíes. Refiere que el documento más antiguo que cita el nombre Andakí se remonta a 1608 y es un mapa levantado con motivo de la lucha entre españoles y Pijaos. El primer documento histórico que habla de sus actividades data de 1628 y el primer cronista que da el nombre Andakí a los habitantes del valle del Alto Magdalena indicando sus migraciones hacia las selvas orientales es Juan de Velasco, en su obra "Historia del Reino de Quito en la América Meridional" escrita en la segunda parte del siglo XVIII.

Fride, después de analizar una serie de documentos complicados y contradictorios, concluye: "La denominación de "Andaquíes" presenta, pues, bastantes complicaciones y contradicciones. En las cabeceras del Magdalena se les llama Timaná, Yalcón y Piraque; y en el siglo XVIII —por Juan de Velasco— Andaquíes. En la selva oriental adyacente a la misma región, Andaquíes, Aguanungas (o Yaguanonga) y Charaguayes (Churubaes o Charavaes), y, tal vez, Mocoas".

Después de hacer una breve descripción geográfica del valle del Alto Magdalena, tanto su parte montañosa como la región selvática adyacente, especificando su extensión, clima, alturas, pasos naturales importantes, así como sus vías de comunicación antiguas y modernas, y, en base de los datos de Juan de Velasco, y, sobre todo, del informe del Gobernador de Neiva don Diego de Ospina (1628-29), previo análisis de topónimos y antropónimos, migraciones y desplazamientos dentro y fuera del valle, ya forzosos (guerras), ya por conveniencia (económicos) o ya por comodidad (religiosos), concluye:

Los pobladores del valle del Alto Magdalena estaban limitados hacia el N. y NO. por los Páez, Pijao y Tamas, hacia el occidente por la barrera de la Cordillera Central y hacia el oriente y sur por la Cordillera Oriental y la presencia de tribus selváticas. Dentro de la zona en mención delimita claramente cuatro áreas ocupadas por diversos grupos, así:

1º Margen izquierda del río Magdalena comprendida entre el curso superior de este río y el de La Plata, poblado por Cambi, Otongo y Oñoco (curso del río La Plata), los repartimientos de Moscopán y Chilibambi. Correspondería al pueblo denominado por los cronistas Yalcón y los cuales pertenecían, posiblemente, los Oporapas, Maitos y Apirama.

2º Margen derecha del río Magdalena correspondiente a lo que actualmente constituyen los municipios de Pitalito y San Agustín, habitado por los Quinchana, Mulale, Laculata, Totalco, Guachico, Guarapas y Laboyos.

3º Valle de Timaná habitado por los grupos Timaná y Chumepa y corresponderían al pueblo Timaná, divulgado por los cronistas.

4º Valle del río Suaza, poblado por los Suaza y Yacua.

Por deducciones lógicas y con base en las diferentes fuentes consultadas, el historiador Fride calcula que la población del valle del Alto Mag-

dalena, en los comienzos mismos de la conquista, ascendía a “unos 25 a 30.000 individuos”. En 1574, apelando a los datos de López de Velasco, existían unos 4.500 indios tributarios (Timaná y “Rincón de Timaná”), cuando al comienzo de la conquista existían 5 a 7.000 “indios de guerra”. Se evidencía una disminución aceptable de 1.500 a 2.000 indios de guerra, motivado por el proceso mismo de la conquista. En 1597 (Boletín de Historia y Antigüedades, mensual de la Academia Nacional de Bogotá), se calcula para la zona en referencia unos 2.000 hombres adultos, lo que equivale a una población total de 8 a 10.000 habitantes. En las primeras décadas del siglo XVII Fray Pedro Simón señala 600 indios tributarios para la región de Timaná, o sea 900 menos que los que señala López de Velasco en 1574. Don Diego de Ospina contabiliza únicamente 430 en 1626, en tanto que el Cabildo de Timaná asigna 250 en 1642 y en 1669 declara que en la provincia “hay dos —encomiendas— que llegan a 20 indios útiles y las demás de a cuatro, tres, dos, uno”.

Las enfermedades, las guerras, los trabajos forzados, las huídas a la selva, las migraciones forzosas, son las causas de esta forma aterradora de disminución de población consumada en una centuria de dominación española. “Se observa así —dice Fride— una paulatina disminución de la población autóctona, disminución comprobada por documentos históricos y que, por lo menos en el caso del Alto Magdalena, echa por tierra aquellas teorías según las cuales la disminución de la población indígena es ficticia, debiéndose a exageraciones de Cronistas, en el cómputo de la población original”.

Acerca de los Andakí Fride dice que ocupaban las tierras comprendidas entre los ríos Pescado, Fragua y Verde, en las vertientes selváticas de la cordillera Oriental y colindaban hacia el norte con los Duho y Tama, hacia el oriente con los Guenta, Otegua y Oteguaza y otras tribus amazónicas, hacia el sur con los Kofán y Koreguaje (?) y hacia el occidente con las tribus del valle del Alto Magdalena. Los datos de su población se remontan hacia el año de 1663 con las declaraciones de un indio Tama quien les asigna el número de 600 y el Capitán Juan Tafur 350. En 1809 se señala un total de 2.000 para los indios del Alto Caquetá y en 1851 un total de 630 para los Andakí. Vergara y Velasco en 1892 calcula 1.000.

Respecto de los idiomas o lenguas habladas en el momento de la conquista en el valle del Alto Magdalena, Fride hace las siguientes deducciones:

1º Una lengua común para Quinchanas, Mulale, Laculata, Totalco, Guachico, Guarapa, Labayo y Lacaco (?).

2º Otra lengua para los Guenta, Oteguaza y Otegua.

3º Una tercera común a los Otongo, Cambi, Oñoco y, con cierta probabilidad, para los Maito, Oporaba y repartimientos de Moscopán y Pirama, Correspondería al grupo genérico Yalcón de los españoles.

4º Una cuarta hablada por los Timaná y Suaza; correspondería al nombre genérico Timanáes de los españoles.

5º Otra lengua para los Yacua, pobladores de las cabeceras del río Suaza.

6º Y una última para los Tama.

Estas conclusiones las hace en base del extenso informe levantado por Don Diego de Ospina durante los años 1628 y 1629. Al referirse a estas conclusiones Friede afirma: "Así se nos presenta a penas noventa años después de la Conquista un complicado cuadro lingüístico de seis idiomas o dialectos hablados en la estrecha zona bañada por los ríos Suaza y los altos cursos del Magdalena y La Plata. Dos de ellos hablandos respectivamente por los Tamas del Caguán y por los indios procedentes del Oteguaza fueron introducidos en la región después de la Conquista y no son originarios del Alto Magdalena. Pero sí lo son los cuatro restantes: Los idiomas hablados en los cursos altos del Suaza, del La Plata, del Magdalena y el río Timaná. No creemos cometer un error al suponer que estas cuatro lenguas o dialectos eran hablados por los indios del Alto Magdalena también en tiempos precoloniales. "Queda demostrado —dice más adelante— que en el siglo XVI los indios oriundos del alto Magdalena no hablaban una sola lengua y menos el idioma Andakí de la selva".

La sesuda investigación de los documentos históricos, su buceo del pretérito por medio de un maremagnum de informes contradictorios, lo sintetiza así:

"a) Que el nombre "Andaquies" no es la denominación de las tribus que habitaban el Alto Magdalena, sino de las que desde la selva adyacente atacaban a aquella región durante los siglos XVII y XVIII. Estas tribus selváticas podían incluir parte de los fugitivos del valle del Alto Magdalena, pero en tal caso estos no habrían alterado la unidad idiomática preexistente.

"b) Que el idioma llamado "andakí" es de procedencia netamente selvática. Fue hablado por la subtribu Aguanunga, hoy desaparecida, pero cuyos vestigios se conservan en el apellido *Aguanunga* usado entre los indios del Alto Caquetá, el cual pudimos recoger en el viaje a la región en los años 1945 y 1946, y que aparece también en los "padronillos" de los indios del siglo XVIII. La Charaguaye, otra subtribu andakí que el siglo XVIII ocupaba la región del río Mocoa, hablaba también la lengua andakí como se desprende de un testimonio procedente del año de 1774.

"c) Que al principio del siglo XVII se hablaba en el Alto Magdalena cuatro idiomas originarios de la región los cuales no pertenecían a la lengua selvática Andakí. Por consiguiente, el origen Chibcha del idioma andakí que supone Rivet no prueba que los idiomas hablados en el Alto Magdalena en el tiempo de la Colonia tuvieran el mismo origen.

"d) Que la facilidad con que los indios del Alto Magdalena se aliaban con los Pijao en sus guerras contra los españoles, invita a un estudio sobre su posible parentesco con ellos".

Tales eran los grupos indígenas e idiomas hablados en el valle del Alto Magdalena y a la llegada de los españoles. Pero los vestigios arqueológicos no hay lugar a dudas de que vivió otro pueblo anterior a los contemporáneos con la llegada de los españoles: El pueblo autor de las esculturas monumentales de la cultura divulgada en el mundo científico con el nombre de Agustiniana, cuyos detalles históricos se desconocen en su totalidad.

Con la invasión española se produjo la afluencia a este territorio de gentes de otros lugares tales como Páez, Pijaos, grupos selváticos como

los Ají, Guenta, Oteguaza y Tama, además de los procedentes de la provincia de Alamaguer y los Yanaconas del Ecuador. Desde luego, esto no descarta la posibilidad de que tales movimientos inmigratorios no se hubiesen sucedido en tiempos precoloniales.

Los capítulos VII a XII hablan de las fundaciones españolas efectuadas en el valle del Alto Magdalena y en las regiones selváticas; de los datos etnográficos deducidos de las fuentes consultadas; de la economía; de las manifestaciones artísticas; de algunos casos de aculturación y de datos folklóricos recogidos, en su mayor parte, por el autor sobre el mismo terreno.

La segunda parte está dedicada a tratar la historia de los indios bajo la dominación de los blancos. En realidad, si la aculturación hubiese sido un proceso que realmente se hubiera presentado en los diversos grupos que poblaban el valle del Alto Magdalena, estaría de hecho tratada en esta segunda parte de la obra. Difícil resulta hablar de aculturación donde únicamente hubo imposición de normas culturales totalmente diferentes a las indígenas, y cuya vigencia tenía como madre a la violencia y cuyos resultados finales fue casi la liquidación total de los grupos indígenas.

En efecto, esta segunda parte trata precisamente de las injusticias cometidas durante el proceso mismo de la Conquista y los largos años del período colonial, alcanzando también parte de la República. Es así como a través de estas páginas nos damos cuenta de quiénes fueron los descubridores, conquistadores y primeros colonizadores de esta parte geográfica de Colombia. La colonización del valle del Alto Magdalena comenzó con la fundación de Timaná hecha por Pedro de Añasco, lugarteniente de Sebastián de Belalcázar. Aquel, una vez recibida la confirmación del cargo de Teniente Gobernador de su fundación de manos del Gobernador de Popayán Lorenzo de Aldana, directo personero de los intereses de Pizarro, dio comienzo a la implantación de las encomiendas a sangre y fuego. Los indígenas por su parte, iniciaron la lucha sistemática y abierta contra la dominación española. Los protagonistas indígenas de esta lucha fueron Pioanza, Añolongo, Meco, Inando (el traidor) y la "Gaitana", personaje legendario. De parte de los conquistadores Pedro de Añasco, Florencio Serrano, Juan de Ampudia, Juan del Río, Juan de Cabrera y el propio Belalcázar. Tras de algunas acciones victoriosas los indígenas sucumbieron ante el poderío de las tropas invasoras. La encomienda, institución con muchas características de tipo medioeval, fue creada como medio regularizador de la convivencia de españoles e indígenas. Fue el instrumento legal para reducir a la población indígena a determinadas haciendas de propiedad de los conquistadores, recibidas por merced real, como premio de sus servicios prestados a la Corona. Tales haciendas constituían una recompensa. En este hecho están enraizadas todas las consecuencias funestas que tal sistema trajo para la población indígena. Sin este factor negativo quizá hubiese constituido los verdaderos núcleos de aculturación y engrandecimiento de la población indígena, pues los encomenderos tenían la obligación aparte de la catequización religiosa, enseñarles técnicas de cultivo, industrias caseras y crianza de animales. Pero nada de esto sucedió. Por el contrario consti-

tuyó el medio más efectivo para descentralizar a los indígenas de sus propios terruños, para dar al traste toda su organización social, económica y cultural, para despojarlos de sus tierras y riquezas, para explotarlos hasta el agotamiento físico y, en fin, para diezmar casi verticalmente la población. Aún la misma catequización fue un fracaso, según se desprende de las propias palabras de Fride: “El fin de la encomienda era, según innumerables cédulas y el texto de cualesquiera de los títulos otorgados, la conversión del indio al catolicismo... Pero a pesar de todo este despliegue de labor catequizadora, el resultado fue nulo. La encomienda como medio de evangelizar la población indígena resultó inoperante en el Alto Magdalena. La evangelización proporcionó al encomendero el pretexto para sacar a los indios de su medio y llevarlos a sus haciendas y hatos como peones, sin que nada les preocupara su conversión. Muchos indios para librarse de sus “civilizadores”, huían a las montañas, donde vivían dispersos y sin religión”.

Toda la historia de los indios bajo la dominación de los blancos, que constituye la segunda parte de la obra de Fride podemos reducirla básicamente a estas dos antinomías: Legislación indiana y ejercicio del derecho y la justicia de los conquistadores en América. La primera se caracteriza por su majestuosidad, sabiduría, humanidad, comprensión, interés por su recta aplicabilidad e interés por la conversión de los indígenas en súbditos de la Corona española. La segunda podría describirse con estas palabras: historia de las iniquidades. Uno y otro hecho están descritos con maestría por la pluma de Fride. Cuál de los dos hechos pesa verdaderamente dentro de la historia colombiana? A la luz de un recto criterio histórico cuál de los dos hechos —legislación indiana y aplicabilidad que ella tuvo en la realidad— se convirtieron en sustancia misma de la historia del país? La respuesta está dada en el estudio tesonero, paciente y arduo de los grandes hechos de la vida social de la Colonia, parte de los cuales y circunscrito a la zona del valle del Alto Magdalena, nos lo entrega con lujo de detalles el historiador Juan Fride.

## SEGUNDO BERNAL VILLA



*Estudios de Etnología Antigua Venezolana.* MIGUEL ACOSTA SAIGNES. Prólogo de Fernando Ortiz. Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Educación; Instituto de Antropología y Geografía, Universidad Central de Venezuela; Serie Antropología, vol. I, 308 p. ilustra., mapas. Caracas, 1954.

Por su tema, metodología y la facilidad de exposición de su autor, este libro de Acosta Saignes representa una contribución valiosa, no solo a los estudios antropológicos venezolanos sino circuncaribes en general. El volumen, cuidadosamente editado por el Instituto de Antropología y Geografía de la Universidad de Caracas, consta de una serie de trabajos independientes que tratan de tópicos distintos pero siempre interesantes

y sugestivos. El primero consiste en un esquema de áreas culturales de Venezuela en la época prehispánica, otro de una discusión de los rasgos aparentemente mesoamericanos en el Orinoco, otros tratan del canibalismo, de la esclavitud entre los Caribes, de temas folklóricos como el Maremare o de fenómenos de aculturación. Todos estos temas se relacionan pues con problemas antropológicos que Venezuela y Colombia tienen en común y para el antropólogo colombiano este compendio de exposiciones tiene así un doble valor.

Sería imposible entrar aquí en los detalles de los diversos problemas que se plantean y de evaluar críticamente las sugerencias y conclusiones de su autor. Cada uno de ellos merece una discusión detallada que indudablemente vendrá a confirmar o rectificar algunos de los postulados. Por el momento nos limitaremos a decir que los diferentes artículos, aunque evidentemente varían en calidad, nos parecen todos bien expuestos, prudentemente razonados y altamente sugestivos.

El quisquilloso tema del Area Circuncaribe de Steward nos preocupa desde luego a todos y Acosta Saignes contribuye con observaciones agudas y bien formuladas a la discusión general. Sin embargo, reconoce muy acertadamente que fuera de una revisión detallada de las fuentes históricas pertinentes, necesitamos saber todavía mucho más sobre la arqueología de esta área y les tocará precisamente a los arqueólogos venezolanos hacer contribuciones importantes al respecto. Otro problema no menos importante, es el de las influencias mesoamericanas en el Noroeste de Suramérica, y las comparaciones que hace el autor referentes a la zona del Orinoco son en parte convincentes y merecen ser tenidas muy en cuenta, pero aquí también es evidente que la solución yace en gran parte en el campo arqueológico, y que las comparaciones etnográficas a base de los cronistas no son suficientes.

Acosta Saignes utiliza extensa y críticamente las fuentes históricas y merece un aplauso por su insistencia en que se aproveche este inmenso material que todavía en gran parte no se ha avaluado debidamente. En realidad, el estudio minucioso de los cronistas de la Conquista y Colonia es la *conditio sine qua non* para una comprensión de muchos problemas, lo mismo que la sistemática revisión de los documentos inéditos que aún yacen en los archivos mayores y menores de Venezuela, Colombia y desde luego España.

Aunque un análisis comparativo de datos etno-históricos siempre implica el peligro de generalizaciones, de interpretaciones personales o de la selección tal vez inconsciente, el libro de Acosta Saignes evita estos deslices y forma una contribución sólida a nuestros conocimientos de un área cultural muy importante y ofrece una lectura que estimula en alto grado.

Es lástima que la bibliografía, tan esencial en un libro de esta índole, contenga tantos errores y omisiones. Por ejemplo, los nombres de Strong, Simpson y Wilgue figuran bajo Duncan, Gaylord y Curtis, respectivamente; frecuentemente no se indican ni los subtítulos ni los nombres de la colección o revista en la cual se publicó determinado trabajo y aun hay omisiones en la citación de los mismos títulos. También se echa de menos la referencia exacta al pie de la página en las citaciones textuales.

GRD



*El Cocodrilo: Estudio inicial sobre las representaciones zoomorfas precolombinas en el arte indígena de Colombia.* FEDERICO MEDEM. Publicación del Banco de la República, 96 págs. sin numerar; 26 figs., 1 mapa. Imprenta del Banco de la República. Bogotá, 1953.

Es un hecho bien conocido que las representaciones zoomorfas son frecuentísimas en el arte aborígen americano y que la fauna del medio ambiente fue uno de los modelos preferidos del alfarero, escultor u orfebre prehistórico de América. En efecto, la arqueología colombiana está llena de ranas, jaguares, buhos, culebras, murciélagos y paujuiles, de Tumaco a la Guajira, del Sinú a San Agustín y de la Sabana de Bogotá hasta la Sierra Nevada de Santa Marta. Muchos de estos animales parecen haber tenido un carácter sagrado; otros eran de importancia económica; otros tal vez llamaron la atención del artista por su particular forma, color o conducta.

El arqueólogo se contenta generalmente con designar a estos artefactos con el término de "representaciones zoomorfas", añadiendo luego su propia interpretación que a veces es bastante intuitiva. Cualquier semejanza se interpreta entonces como "mico, mono, tigre, etc." y en la estatuaria de San Agustín algunos han querido ver hasta elefantes. El zoólogo ve en cambio estas representaciones con ojos muy distintos. Sabiendo que el indígena es un excelente observador, busca en su arte la indicación de los pequeños detalles diagnósticos que le permiten identificar el animal: por ejemplo, ciertas posturas, la forma de los colmillos, las características de la cabeza, la representación de las escamas o de manchas en la piel, etc.

El doctor Federico Medem, zoólogo y profesor de la Universidad Nacional, estudió las representaciones de cocodrilos en la arqueología de Colombia. Basándose en los materiales de colecciones públicas y privadas y consultando además la bibliografía referente, compara los materiales arqueológicos con las especies conocidas en el país y logra así una contribución valiosa tanto a la zoología como a la arqueología de Colombia. Detalles como la representación de la arruga interocular, de la cresta dorsal, de la relativa anchura del hocico y otros más le permiten identificar las especies cuya distribución hasta ahora conocida se traza luego en un mapa.

Esta clase de estudios abre un campo nuevo e interesantísimo para la arqueología colombiana. Medem sugiere por ejemplo que en varias estatuas de San Agustín que muestran un "Doble Yo", se representan cocodrilos y anota muy acertadamente que desde luego no existían estos animales en aquella región que está situada a una altura de 1.636 metros sobre el nivel del mar. Sería muy deseable continuar estas investigaciones y extenderlas a otros animales cuya representación es frecuente en la arqueología y felicitamos al autor por este primer aporte a nuestra ciencia.

Cabe una observación acerca de la presentación del trabajo: el Banco de la República merece todos los aplausos por patrocinar obras científicas, pero imprimir el trabajo del doctor Medem tanto el texto como las ilustraciones en tinta azul, adornando además cada página con cene-

fitas rojas, es el colmo del mal gusto. También omiten numerar las páginas, lo que dificulta las citaciones. Todo ello no corresponde a la seriedad científica de un trabajo por lo demás excelente.

GRD

●

*Excavations at Wari, Ayacucho, Perú.* WENDELL C. BENNETT. *On the Excavation of a Shell Mound at Palo Seco, Trinidad, B. W. I.* J. A. BULLBROOK. Yale University Publications in Anthropology; Números 49 y 50. Yale University Press, New Haven, 1953.

La primera parte de este nuevo volumen de la Universidad de Yale (número 49) contiene la monografía póstuma de Wendell C. Bennett, dedicada al sitio de Wari, cerca de Ayacucho en los Andes Peruanos y basada en sus investigaciones de terreno durante el año de 1950.

La hoya del río Mantaro, donde se encuentran las extensas ruinas de Wari, es tal vez una de las zonas arqueológicamente menos conocidas del Perú, no obstante que esta región es sin duda de gran importancia para una mejor apreciación de los nexos entre Tiahuanaco, en Bolivia, y las culturas del mismo tipo, de la costa peruana. La descripción y análisis de los materiales arqueológicos que presenta Bennett son ejemplares en sus detalles y precisión y escritos con su ya clásica lucidez. A base de ellos establece dos grandes períodos sucesivos (Wari y Huarpa), conectados por una Fase Intermedia y sugiere una conexión histórica directa con Tiahuanaco. También indica la eventualidad de que Wari hubiese sido el centro de distribución de la cultura tiahuanacoide del Perú.

La segunda parte del volumen (número 50) está constituida por el informe de Bullbrook sobre la excavación de un conchal en el sitio de Palo Seco, Trinidad, B. W. I. Trabajos sistemáticos en conchales, en la zona del Caribe, son aún más bien escasos y así el trabajo de Bullbrook es de gran interés. La descripción del sitio en sus aspectos físicos y culturales solo deja que desear por el tratamiento algo superficial que se da a la cerámica, pero por lo demás muy adecuada. La técnica de excavación es excelente, sobre todo si se tiene en cuenta que esta se efectuó hace 35 años (!), durante los cuales el manuscrito había sido archivado, publicándose por fin gracias al merecido interés que le atribuyeron C. Osgood e I. Rouse.

GRD

●

*Handbook of Latin American Studies: 1950. N° 16. University of Florida Press, Gainesville, 1953.*

Este nuevo volumen, correspondiente al año de 1950, y preparado por la Hispanic Foundation de la Biblioteca del Congreso, de Washington,

es una fuente bibliográfica indispensable que no debería faltar en ninguna biblioteca americanista pública o particular. Las referencias bibliográficas, casi siempre seguidas por un corto resumen de la obra, se agrupan bajo los títulos siguientes: General, Anthropology, Art. Economics, Education, Geography, Government, History, International Relations since 1830, Labor and Social Welfare, Spanish American Language, Spanish American Literature, Brazilian Literature and Language, Haitian Literature and Language, Law, Music, Philosophy, Sociology. Cada uno de estos capítulos está precedido por una corta introducción y fue elaborado por un especialista conocido en el campo respectivo. La sección Antropología está organizada bajo los títulos de: General; Archaeology; Middle America (*Wauchope*); Archaeology; West Indies, Venezuela, and Brazil (*Rouse*); Archaeology; Western and Southern South America (*Rowe*); Ethnology; Middle America (*Tax*); Ethnology; South America (*Stout*); Physical Anthropology (*Stewart*). Una adición nueva y muy útil la ofrece un capítulo de Sociología a cargo de T. L. Smith.

GRD